

Prólogo

José L. Pantaleón Alonso Díaz

«Si el hombre ha llegado a fijar imágenes, es porque las descubría formadas alrededor suyo, casi al alcance de su mano... las veía en un hueso, en el abultamiento de una caverna... en un pedazo de madera... una forma le sugería una mujer, otra un bisonte, otra aún la cabeza de un monstruo.»

En la cita, Picasso podría haberse referido también a un cazador-recolector-artista del Paleolítico.

Lo imagino una tarde cualquiera... al abrigo de una cueva, jugando con alguna herramienta... marcando en la arena o el barro... siguiendo una forma... repasando una huella... contorneando la marca que dejó un animal recostado. En un principio, sin un propósito concreto.

Aparece una «imagen de la imagen» y se parece a «la cabra»... y se parece mucho.

Ese «acontecimiento afortunado», esa «experiencia», ese «yo no busco, encuentro» al que aludía —otra vez— Picasso, puede resultar especialmente sugerente a la hora de interpretar algunas de esas primitivas formas de representación.

Los artistas del Paleolítico se hicieron hábiles y supieron desarrollar numerosas y sofisticadas técnicas que luego aplicaron en soportes y lugares de

todo tipo, convirtiendo sus creaciones en una motivación más en su vida cotidiana. La propia acción de pintar y grabar suponía la verdadera esencia de las ceremonias mágicas y de sus ritos propiciatorios.

Los largos asentamientos favorecían esas actividades creativas, las que se habían hecho cotidianas, y que luego fueron «transformando-marcando» espacios y territorios.

Aquellas «marcas de espíritu», sus imágenes y signos, se sumaron a las del paisaje y nos hicieron ver las tierras llenas de «significados». Las estaciones quedaban transformadas así por esas «intervenciones» y a su vez sus nuevos ocupantes harían lo que acostumbra el ser humano: interpretar lo que nos queda de otros, asignando a eso un lugar dentro de un sistema de creencias, continuando y en muchos casos enriqueciendo con nuevas propuestas la obra hallada y nunca concluida. Esa que hoy podemos contemplar en su continuidad y coherencia.

El arte del Paleolítico nos habla de esa capacidad que tiene el hombre para mostrar actitudes y disposiciones artísticas a lo largo del tiempo y del espacio.

De las muchas formas de expresión de arte rupestre, las pinturas y grabados que se hicieron sobre las paredes tienen un especial interés para mí como pintor y en ocasiones, muralista.

En esas representaciones parietales encontramos multitud de imágenes y signos de diferentes estilos y formas, siempre de gran expresividad y sentido estético.

Saber por y para qué se hicieron sigue siendo un enigma y da pie a interpretaciones y teorías, algunas aplicables según para qué pinturas y en qué lugares fueron realizadas.

La posibilidad de contemplar este arte in situ lo hace muy singular. Puedes recorrer la cueva viéndola como un lugar de representación en el que prácticamente todo está igual a como lo idearon sus últimos ocupantes. Un escenario decorado a lo largo de miles de años donde se fueron reinterpretando las mismas imágenes, modificándolas apenas o remarcándolas según qué nueva propuesta o rito.

Visitar sus emplazamientos es inquietante y desde luego muy sugerente a la hora de acercarte a esos aspectos que tienen que ver con el hecho propio de la expresión plástica.

Las impresionantes y policromas formaciones de piedra en suelos, techos y paredes, proponen espacios que no están delimitados, como sucede en el arte mobiliario; por eso la elección de los paneles y la relación que una vez pintados pudieran tener con el resto del espacio-cueva, o incluso con el exterior, parecen aspectos esenciales a la hora de interpretar la obra como un conjunto, como una composición.

Es muy interesante y frecuente el modo de relacionar las figuras entre sí, por medio de la superposición de grabados y pinturas, agrupando en distintas capas sucesivas representaciones, formando una estratigrafía que a veces resulta un verdadero laberinto gráfico y que desde luego es siempre intrigante, por lo desconocido de su propuesta.

Estos antiguos artistas fueron muy diestros en el manejo de herramientas y útiles, usando a veces técnicas que se parecen mucho a las actuales. En una misma imagen se pueden ver grabados, estarcidos, tamponados, o cualquier otra forma de aplicar pintura. La podían extender con los dedos o la

proyectaban a través de «plantillas» por medio de algún ingenioso pulverizador.

En su manera de trabajar, en las líneas o los punteados, hay un dominio del gesto, no se perciben arrepentimientos: su mano parece seguir sin titubeos la imagen pensada demostrando en todo caso una gran capacidad para resolver los problemas propios de la representación plástica.

... Me imagino allí subido, ocupado en trazar y colorear aquellas poderosas formas. Aquí, las patas traseras... «cebradas». Luego, tras el gran abultamiento ventral que propone esa pared, pinto las delanteras... también cebradas. Tengo que bajar para apreciarlo de lejos y pedirle a mi ayudante más arcilla violeta. Continúo entonces tamponando... la cola... la grupa... y la crin. Luego me distancio a imaginar la situación de los cuartos traseros y el cabezal y subo de nuevo decidido a terminar la obra. Pinto esa cabeza... pequeña y firme.

Después la contemplamos... emocionados

Tuve otra –irrepetible– ocasión de acercarme al arte rupestre, aquel Día del Pilar –de hace ya unos años– cuando me esperaban para formar parte de un pequeño grupo que se disponía a visitar una cueva recién descubierta cerca del lugar donde nos encontrábamos.

Aquella caverna tenía unas misteriosas pinturas y sus descubridores –lógicamente– trataban de salir de dudas sobre su autenticidad.

Para una primera opinión reunieron a un grupo de amigos más o menos aficionados; a mí me convocaban por ser pintor, pero en realidad ninguno de nosotros éramos ni mucho menos expertos en arte parietal.

Hubo cierto escepticismo desde el principio porque se comentaba que las pinturas podían haber sido obra de algún ecologista con pretensión de engañar a la autoridad competente y así poder para unas obras que en ese momento se realizaban para la mejora y ensanche de la carretera.



Una voladura había abierto un hueco por el que pudimos deslizarnos con facilidad y plantarnos delante de aquellos bisontes que parecían recién pintados. Una especie de arcilla húmeda impregnaba toda la cueva.

Nos movíamos de un lado a otro del panel, sin perder de vista las pinturas, pero sin mirarlas –quizás– con esa «predisposición» que se debe tener ante una obra de arte, y más de esas características. Lo cierto es que su «frescura» las convertía en «sospechosas».

Fue una suerte que alguno de nosotros filmase todo aquello y también que la visita no fuese demasiado larga.

Luego –no recuerdo si en la comida–, tuve ocasión de comentar con un amigo que venía en el grupo lo que me habían parecido aquellas pinturas.

–Aunque no tengo mucha idea de arte rupestre –le dije–, no se puede pintar sobre arcilla sin dejar un rastro, porque la mezcla forma una textura que es sin

duda visible y aunque con el paso del tiempo pudiera desaparecer, nunca lo haría de un día para otro.

En aquella pared había grabados y se notaban, pero en las zonas pintadas no quedaba huella alguna... parecían barnizadas por la humedad.

Gonzalo había recuperado cierto entusiasmo después de lo que acababa de oír y le pareció buena la idea de ponernos en contacto con alguien que nos pudiera aclarar aquella cuestión...

Busqué entonces el teléfono de Magín Berenguer, gran experto en arte rupestre, con numerosas e indispensables publicaciones, además de excelente pintor y sobre todo entrañable amigo.

Me dijo que estaba «mayorín» para bajar a una cueva, pero que le describiese lo que había visto. Lo hice con el detalle que pude y enseguida me confirmó que efectivamente las figuras podían parecer recién pintadas y que en todo caso era conveniente tratar de impedir la entrada de más gente a la cueva –era fiesta y muchos curiosos se paraban a verla–.

Afortunadamente pocas horas y algunas visitas después alguien mandó cerrar.

La prensa –enterada– no pudo llegar a tiempo, así que aquella grabación se convirtió en un preciado documento.

Un conocido diario se puso en contacto con el autor del video; convocaron a Magín Berenguer y yo hice de correo... Ya de noche aparecimos por la redacción del periódico donde nos esperaban expectantes.

Magín analizaba las imágenes detalladamente con gesto tranquilo, pero quizá no suficientemente expresivo para alguien que –impaciente– le preguntó si es que no le parecían auténticas...

– Si, sí... parecen magdalenenses...

– ¿Entonces...?

– Bueno... no me gusta demasiado el pintor.

Supo, como experto observador, identificar acertadamente en aquellas imágenes del monitor unas pinturas magdalenenses. Magín, quien en su trayectoria había estudiado profundamente cuevas

tan importantes como Pindal, Llonín o Tito Bustillo, quizá esperaba encontrarse con alguno de los inspirados pintores de esta última. Sobre Tito Bustillo –cito literalmente– escribió: «Se trata de una de las más bellas pinacotecas del mundo».

Estoy muy agradecido a mi buen amigo Miguel, por su «valentía» en la elección de este –novato y poco documentado– prologuista y porque pude por eso adentrarme en este universo tan fascinante y todavía lleno de incógnitas que es el arte rupestre...

La presente edición de este libro-guía, me parece un acierto, su cuidado diseño y la –abrumadora– aportación de todo tipo de datos y referencias, lo hacen muy útil para su consulta y también resulta ameno, por su cercana exposición y estupendas ilustraciones.

Es un magnífico trabajo que logra transmitir –con entusiasmo– el profundo conocimiento e interés que por este arte tiene y siente su autor, Miguel Polledo.